ARAPILES

I

Fatigosas marchas, con no pocas desviaciones y cambios de ruta, nos llevaron á un pueblo llamado Dios-le-Guarde, donde por primera vez vimos tropas inglesas. Por el camino de Ciudad Rodrigo apareció falange numerosa de hombres vestidos de colorado, caballeros en ligerísimos corceles. Era la caballería de Cotton, de la división del General Graham. Llegaron hasta nosotros los jinetes rojos, á quienes saludamos con vivas al *Lord* y á Inglaterra, y el jefe de ellos, que hablaba español como Dios quería, cumplimentó á D. Carlos

España, diciéndole que Su Excelencia el Sr. Duque de Ciudad Rodrigo no tardaría en llegar á Sancti Espíritus. En dirección de este pueblo marchamos al instante; llegamos de noche; no se nos pudo facilitar alojamiento; hube de dormir al raso; y á la mañana siguiente varios oficiales fuimos en busca de D. Carlos España, y no hallándole en el suntuoso palacio donde le habíamos dejado la noche anterior, acudimos al alojamiento del Duque, ansiosos de saber si nos agregaríamos pronto al Cuartel General, como era nuestro deseo.

Aposentábase Lord Wellington en la casa-ayuntamiento, la única decorosa para tan insigne persona. Llenaban la plazoleta, el soportal, el vestíbulo y la escalera multitud de oficiales de todas graduaciones, españoles, ingleses y lusitanos, que entraban, salían, formaban corrillos, bromeando unos con otros en amistosa intimidad, cual si todos perteneciesen á una misma familia. Subimos, y después de una hora de antesala, salió España y nos dijo:

«El General en Jefe pregunta si hay un oficial español que se atreva á entrar disfrazado en Salamanca para examinar los fuertes y las obras provisionales que ha hecho el enemigo en la muralla, y enterarse de si es grande ó pequeña la guarnición y abundantes ó escasas las provisiones.

— Yo voy — dije resueltamente, sin aguardar á que España concluyese.

— ¿Tú? — dijo España con la desdeñosa familiaridad que usaba hablando con sus oficiales, — ¿tú te atreves á emprender viaje tan arriesgado? Ten presente que es preciso atravesar las líneas enemigas, pues los franceses ocupan todas las aldeas del lado acá del Tormes. Luego has de penetrar en la ciudad, visitar los acantonamientos, sacar planos...

M.C.D.2020

—Todo eso es para mí un juego, mi General. Entrar, salir, ver... una diversión. Hágame Vuecencia la merced de presentarme al Sr. Duque, diciéndole que estoy á sus órdenes para lo que desea.

—Tú eres un aturdido, Araceli, y no sirves para el caso—replicó D. Carlos.

—Denme esa comisión, y se verá si sirvo ó no sirvo... Me vestiré de charro, entraré vendiendo hortalizas, carbón, teas... En fin, mi General—añadí con calor,—ó me presenta Vuecencia al Duque, ó me presento yo solo.

—Vamos, vamos al momento—dijo España entrando conmigo en la sala.

Junto á una gran mesa colocada en el centro estaba el Duque de Ciudad Rodrigo con otros tres generales examinando un plano del país, y tan profundamente atendían á las rayas, puntos y letras con que el geógrafo designara los accidentes del terreno, que no alzaron la cabeza para mirarnos. Hízome seña D. Carlos España de que debíamos esperar... En silenciosa expectación permanecimos no sé cuánto tiempo, y por fin Lord Wellington levantó los ojos del mapa y nos miró. También yo le observé á él á mis anchas, gozoso de tener ante mi vista á una persona tan amada entonces por todos los españoles y que tanta admiración me inspiraba á mí.

Era Wellesley bastante alto, de cabellos rubios y rostro encendido. Representaba cuarenta años, y esta edad tenía la misma que Napoleón, pues ambos nacieron en 1769, el uno en Mayo y el otro en Agosto. El sol de la India y el de España habían alterado la blancura de su color sajón. La nariz ostentaba un alto y huesudo caballete; la frente, resguardada de los rayos del sol por el sombrero, conservaba su blancura hermosa y serena como la de una estatua griega, reve-

1812
1769
43

M.C.D.2020

lando un pensamiento sin agitación y sin fiebre, una imaginación encadenada y gran facultad de ponderación y cálculo. Adornaba su cabeza un mechón de pelo ó tupé que no usaban ciertamente las estatuas helénicas, pero que no caía mal, sirviendo de vértice á una mollera británica. Los grandes ojos azules del General miraban con frialdad, posándose vagamente sobre el objeto observado, y observaban sin aparente interés.

Su Excelencia me miró como he dicho, y D. Carlos España dijo:

«Mi General, este joven desea desempeñar la comisión de que Vuecencia me ha hablado hace poco. Yo respondo de su valor y de su lealtad; pero he intentado disuadirle de su empeño, porque no posee conocimientos facultativos.

— Para esta comisión — dijo Wellington en castellano bastante correcto, — se necesitan ciertos conocimientos...»

Yo miré á España, y España me miró á mí. La cortedad no me acobardó, y sin encomendarme á Dios ni al diablo, dije:

«Mi General, es cierto que no estudié en ninguna academia; pero una larga práctica de la guerra en batallas, y sobre todo en sitios, me ha dado tal vez los

M.C.D.2020

conocimientos que Vuecencia exige para esta comisión. Sé levantar un plano.»

El Duque, alzando de nuevo los ojos, habló así:

«En mi Cuartel General hay oficiales facultativos pero ningún inglés podría entrar en Salamanca, porque sería al instante descubierto por su rostro y por su lenguaje. Es preciso que vaya un español.

—Mi General, aunque en esta empresa existan todos los peligros, todas las dificultades imaginables, yo entraré en Salamanca, y volveré con las noticias que Vuecencia desea.»

Tranquila y sosegadamente lord Wellington me preguntó: «Señor oficial, ¿dónde empezó usted su vida militar?

—En Trafalgar—contesté.

Cuando esta grandiosa y trágica voz resonó en la sala en medio del general silencio, todas las cabezas de las personas allí presentes se movieron como si perteneciesen á un solo cuerpo, y todos los ojos fijáronse en mí con vivísimo interés.

—¿Según eso ha sido usted marino?—interrogó el Duque.

—Asistí al combate á los catorce años de edad. Yo era amigo de un oficial que iba en el *Trinidad*. La pérdida de la tripulación me obligó á tomar parte en la batalla.

—¿Y cuándo empezó usted á servir en la campaña contra los franceses.

—El 2 de Mayo de 1808. Los franceses me fusilaron en la Moncloa. Salvéme milagrosamente; pero en mi cuerpo han quedado escritos los horrores de aquel tremendo día.

—¿Y desde entonces se alistó usted?

—Alistéme en los regimientos de Voluntarios de Andalucía, y estuve en la batalla de Bailén.

M.C.D.2020

—¡También en la batalla de Bailén!

—Sí, mi General: el 19 de Julio de 1808. ¿Quiere Vuecencia ver mi hoja de servicios, que comienza en dicha fecha?

—No, me basta—repuso Wellington.—¿Y después?

—Volví á Madrid y tomé parte en la jornada del 3 de diciembre. Caí prisionero, y quisieron llevarme á Francia. Pero me escapé en Lerma, y fuí á parar á Zaragoza en tan buena ocasión, que alcancé el segundo sitio de aquella heroica ciudad.

—¿Todo el sitio?—dijo Wellington con creciente interés hacia mi persona.

—Todo, desde el 19 de diciembre hasta el 12 de febrero de 1809. Puedo dar á Vuecencia noticia circunstanciada de las diversas peripecias de aquellos hechos de armas.

—¿Y á qué ejército pasó usted luego?

—Al del Centro, y serví á las órdenes del Duque del Parque. Pasé después á Cádiz; defendí durante tres días el castillo de San Lorenzo de Puntales. Luego me agregaron á la expedición del General Blake á Valencia, y durante cuatro meses serví á las órdenes del Empecinado en esa guerra de partidas en que tanto se aprende.

—¿También guerrillero?—Veo que ha ganado usted bien sus grados. Irá usted á Salamanca, si así lo desea.

—Señor, lo deseo ardientemente.

—Bien—añadió el héroe de Talavera, fijando alternativamente la vista en mí y en el mapa.—Se dirigirá usted hoy mismo ~~disfrazado~~ á Salamanca. Forzosamente ha de pasar por entre las tropas de Marmont, que vigilan los caminos de Ledesma y Toro. Hay muchas probabilidades de que sea usted arcabuceado por espía; pero Dios protege á los valientes... Si logra penetrar en la plaza, sacará usted un croquis de las for-

tificaciones, examinando con la mayor atención los conventos que han sido convertidos en fuertes, los edificios demolidos, la artillería que defiende los aproches de la ciudad, el estado de la muralla, las obras de tierra y fajina, todo absolutamente, sin olvidar las provisiones que tenga el enemigo en sus almacenes.

— Mi General, comprendo bien lo que se desea, y espero contentar á Vuecencia. ¿Cuándo debo partir?

— Ahora mismo. Estamos á doce leguas de Salamanca. Prepárese usted inmediatamente, y mañana martes podrá entrar en la ciudad. En todo el martes ha de desempeñar por completo esta comisión, saliendo el miércoles de madrugada para venir al Cuartel General, que en dicho día estará seguramente en Bernuy. El *Mayor General* del Ejército entregará á usted la suma que necesite para la expedición.

— Corriente, mi General. El miércoles á las doce estaré en Bernuy.

— Adoro la puntualidad, y considero como origen del éxito en la guerra la exacta apreciación y distribución del tiempo.

— Eso quiere decir que si no estoy de vuelta el miércoles á las doce, desagradaré á Vuecencia.

— Y mucho. En el tiempo marcado puede hacerse lo que encargo. Dos horas para sacar el croquis; dos para visitar los fuertes, ofreciendo en venta á los soldados algún artículo que necesiten; cuatro para recorrer toda la población y sacar nota de los edificios demolidos; dos para vencer obstáculos imprevistos; media para descansar. Son diez horas y media del martes por el día. La primera mitad de la noche para estudiar el espíritu de la ciudad, lo que piensan de esta campaña la guarnición y el vecindario; una hora para dormir; y lo restante para salir y ponerse fuera del alcance y de la vista del enemigo.

M.C.D.2020

—Á la orden de mi General—dije disponiéndome á salir.»

Lord Wellington, el hombre más grande de la Gran Bretaña, el rival de Bonaparte, la esperanza de Europa, el vencedor de Talavera, de la Albuera, de Arroyomolinos y de Ciudad Rodrigo, levantóse de su asiento, y con grave cortesanía y cordialidad que inundó mi alma de orgullo, dióme la mano, que estreché con gratitud entre las mías.

Salí á disponer mi viaje. Poco tardé en cambiar mi empaque de oficial del ejército por el del más rústico charro que vieron los campos salmantinos. Con mi calzón estrecho de paño pardo, mis medias negras y zapatos de vaca, con mi chaleco cuadrado, mi jubón de aldetas en la cintura y cuchillada en la sangría, y el sombrero de alas anchas y cintas colgantes que encajé en mi cabeza, estaba que ni pintado. Completaron mi equipo por el momento una cartera que cosí dentro del jubón con lo necesario para trazar algunas líneas, y el alma de la ~~expedición~~ empresa, ó sea el dinero que puse en la bolsa interna del cinto.

II

Para contaros, amados niños, con todos sus pormenores y perendengues las dificultades que hube de vencer en mi arriesgada misión, necesitaría mayor espacio del que estas páginas me ofrecen, y embargaría

436
10
436

M.C.D.2020

más de lo regular vuestra atención con actos míos particulares, que no creo dignos de la Historia. Mi primer cuidado fué procurarme una *carta de seguridad*, sin la cual entrar en la plaza era lo mismo que ir á prisión segura con quebrantamiento de huesos. Facilitóme la *carta* de un hijo suyo un charro llamado Baltasar Cipérez, que solía llevar víveres á la plaza, y con esto y un borriquillo cargado de diferentes hortalizas, me colé dentro de la estudiosa Salamanca, llamada entre la gente escolar *Roma la chica*. Por algunas horas pude conservar mi atrevido incógnito; con astucia y donaire, exhibiendo mi *carta de seguridad*, logré sortear los primeros peligros; mas llegó de improviso la mala suerte, y fuí preso como espía y encerrado en lóbrega prisión.

Pero si Dios, al parecer y como por prueba, me dejaba entregado á las tribulaciones, no tardó en demostrarme después que miraba por mí sacándome de las pavorosas trampas en que caía. Digolo porque mi primer encierro fué en la torre de la Merced Calzada. Dejáronme solo mis carceleros; subí velozmente á lo más alto, y desde el recinto de la campana contemplé toda la ciudad y sus fortificaciones, que dibujé con trazo firme y breve. Hecho esto, y cuando los bribones que me guardaban quisieron llevarme preso á la Comisaría de guerra, tuve bastante aplomo para burlarles graciosamente. Les convidé á beber; prestáronse á tomar las borracheras que quise administrarles; me hice pasar por un gran señor que se disfrazaba con fines de amoroso galanteo; ayudóme en esto una señorita inglesa, romántica y andariega, que yo había conocido en Sancti-Espíritu; cayeron en el engaño los aturdidos franceses, vencidos del vinazo y de mis sutiles fingimientos; escapé de sus uñas, y al caer en otras, fuí salvado por la misma estrafalaria inglesa, que en

aquella novelesca jornada fué para mí emisaria de la Providencia.

Podría yo componer un libro con mis aventuras de aquel día en que más de una vez me vi á dos dedos de la muerte. Mas la materia del libro condensaré en cortas líneas, diciéndoos que vi todo lo que quería ver, y allegué cuantos datos y conocimientos esperaba obtener por mi conducto el Duque de Ciudad Rodrigo. Y cuando me hallaba en lo más empeñado de mis observaciones y de mis peligros, supe y vi que los franceses evacuaban la ciudad, lo que no era para mí atenuante de mi arriesgada situación, sino más bien motivo de mayor cuidado, porque al salir Marmont con su ejército, dejó en la plaza gobernador, guarnición y policía que con bárbara celeridad castigaban el espionaje.

Para salir hube de valerme de un grupo de masones con quienes por mi buena suerte tropecé en las últimas horas de la noche del martes. Los clandestinos sacerdotes ó maestros de obras del *Gran Arquitecto del Universo,* con la cooperación de la *miss,* aficionada del misterio, de la leyenda y de todo lo anómalo y novelesco, me sacaron en la zaga de los franceses, compuesta de cantineros, mozas y toda la baja perdularia y maleante que suele ser la extrema cola ó rabillo envenenado de los ejércitos en marcha. ¡Oh, Dios misericordioso, parecíame que había vivido un siglo dentro de Salamanca, la ciudad de Minerva convertida en ciudad de Marte! Cuando me vi fuera de las temibles puertas, creí que tornaba de la muerte á la vida.

Toda mi alma lanzaba este grito: «Ahora, Gabriel, al Cuartel General.» ¿Pero dónde estaba el Cuartel General aliado?

Viendo que los franceses tomaban la dirección de Toro, me encaminé yo hacia el Mediodía buscando el Valmuza, riachuelo que corre á cuatro ó cinco leguas

de la capital. Marchaba á pie con toda la prisa que me permitian mi cansancio, la falta de sueño, fatigas del camino, y á las ocho de la mañana entré en Aldea Tejada... Nada me aconteció digno de notarse hasta Tornadizos, donde encontré la vanguardia inglesa y varias partidas de D. Julián Sánchez. Eran las diez de la mañana.

«Un caballo, señores, denme un caballo—les dije.—Si no, prepárense á oir al señor Duque... ¿Dónde está el Cuartel General? Creo que en Bernuy. Un caballo, pronto.»

Al fin lo tuve, y lanzándolo á toda carrera primero por el camino, y después por trochas y veredas, á las doce menos cuarto estaba en el Cuartel General. Vestí á toda prisa mi uniforme, informándome al mismo tiempo de la residencia de lord Wellington para presentarme á él al instante.

«El Duque ha pasado por aquí hace un momento—me dijo Tribaldos.—Recorre el pueblo á pie.»

Un momento después encontré en la plaza al señor Duque, que volvía de su paseo. Conocióme al punto, y acercándome á él le dije:

«Tengo el honor de manifestar á Vuecencia que ven-

go de Salamanca, y que traigo todos los datos y noticias que Vuecencia desea.

— ¿Todos?—dijo Vellington sin hacer demostración alguna de benevolencia ni de desagrado.

— Todos, mi General. El ejército francés ha evacuado ayer tarde la ciudad, dejando sólo ochocientos hombres.»

Wellington miró al General portugués Troncoso, que á su lado venía. Sin comprender las palabras inglesas que se cruzaron, me pareció que habían previsto la salida de Marmont.

«Este es el plano de las fortificaciones que defienden el paso del puente» — dije alargando el croquis que había sacado.

Tomólo Wellington, y después de examinarlo con profundísima atención, preguntó:

«¿Está usted seguro de que hay piezas giratorias en el rebellín y ocho piezas comunes en el baluarte?

— Las he contado, mi General. El dibujo será imperfecto pero no hay en él una sola línea que no sea representación de una obra enemiga.

— ¡Oh, oh! Un foso desde San Vicente al Milagro — exclamó con asombro.—San Cayetano parece fortificación importante.

— Terrible, mi General.

— Y estas otras en la cabecera del puente...

— Que se unen á los fuertes por medio de estacadas en ziszás.

— Está bien — dijo complacido, guardando el croquis.— Ha desempeñado usted su comisión satisfactoriamente.

— Estoy á las órdenes de mi General.»

Fuí luego al alojamiento de Lord Wellington para darle cuenta de diversas particularidades que quería conocer relativas á conventos destruídos, á municio-

M.C.D.2020

nes, á víveres, al espíritu de la guarnición y del vecindario. Mis noticias recogía con atento interés, y á cuantas preguntas me hizo contesté informando de lo que yo sabía y guardando reserva sobre lo que ignoraba. Entendí que estaba satisfecho de mi servicio y que su grande ánimo me dispensaba el honor de considerarme cumplidor del deber en circunstancias difíciles. Mi orgullo, mi honrada vanagloria por mi modesta colaboración en los planes del Capitán inglés, eran mi mejor premio y el único que yo apetecía.

Aquella misma tarde partimos hacia Salamanca, llegando á la vista de ésta antes de anochecido. En la noche nos alejamos para pasar el Tormes por los vados del Canto y San Martín. Todos decíamos: «Mañana atacaremos los fuertes.»

Al día siguiente, 20 de junio, muy de mañana, se dejaron ver en los cerros del Norte los cuarenta mil hombres de Marmont. Suspendimos el ataque á los fuertes é hicimos varios movimientos para tomar posiciones si el enemigo nos provocaba á trabar batalla. Mas pronto se conoció que Marmont no tenía ganas de lanzar su ejército contra nosotros, siendo su intento, al aproximarse, distraer las fuerzas sitiadoras, y tal vez introducir algún socorro en los fuertes. Pero Wellington persistía con tenacidad sajona en apoderarse de San Vicente y de San Cayetano, los dos formidables conventos arreglados para castillos por una irrisión de la Historia.

Cuando se expugnaban los conventos convertidos en fuertes, vimos que Marmont se alejaba hacia el Norte, camino de Toro. En marchas y contramarchas transcurrieron dos ó tres semanas, al cabo de las cuales nos encontramos otra vez en las inmediaciones de Salamanca. Aconteció que ambos ejércitos se movieron paralelamente los franceses sobre la izquierda, nos-

M.C.D.2020

otros sobre la derecha, viéndonos muy bien á distancia de medio tiro de cañón y sin disparar un cartucho. No puedo precisar mi memoria lugares ni fechas en los días de esa contradanza. Lo que tengo bien presente es que el 21 de julio por la tarde pasamos el Tormes. Los franceses, según todas las conjeturas, habían pasado el mismo río por Alba de Tormes, y se encontraban al parecer en los bosques que hay más allá de Cavarrasa de Arriba. Formamos nosotros una no muy extensa línea, cuya izquierda se apoyaba junto al vado de Santa Marta, y la derecha en el Arapil Chico, junto al camino de Madrid. Una pequeña división inglesa con algunas tropas ligeras ocupaba el lugar de Cavarrasa de Abajo, punto el más avanzado de la línea anglo-hispano-portuguesa.

En el Arapil Chico estaba yo cuando vi venir hacia nosotros el Cuartel General. El Duque y su Estado Mayor echaron pie á tierra en la falda del cerro, dirigiendo sus miradas hacia Cavarrasa de Arriba. Llamó el Lord á los oficiales del regimiento de Ibernia, uno de los establecidos allí, y habiéndome presentado yo el primero, me dijo:

«¡Ah!... ¿Es usted el caballero Araceli?

— Á la orden de Vuecencia, mi General.»

Recordé entonces que al dar cuenta á Wellington de mi arriesgada comisión en Salamanca le dije mi mayor gloria sería servir directamente á sus órdenes. En la entrevista que ahora refiero, vi claramente que el Duque tenía mejor memoria que yo. Volviéndose á uno de los que le acompañaban, dijo así: «Brigadier Pack, en la ayudantía del 23 de línea, que está vacante, ponga Ud. á este joven español, que desea morir por Inglaterra.»

«Por la gloria y el honor de la Gran Bretaña» — exclamé, la mano en el pecho.

M.C.D.2020

Dirigiéndose á su íntimo amigo D. José Olawlor, el Duque le dijo: «Paréceme que Marmont se dispone para adelantársenos á ocupar mañana el Arapil Grande.»

Manifestaba el General en Jefe cierta inquietud, y por largo rato su anteojo exploró los lejanos encinares y cerros hacia Levante. Poco se veía ya, porque vino la noche. Los cuerpos de ejército seguían moviéndose para ocupar las posiciones ~~dispuestas~~ ordenadas por el General en Jefe, y me separé de mis compañeros de Ibernia y de la división española.

«Nosotros—me dijo España,—vamos al lugar de Torres, en la extrema derecha de la línea, más bien para observar al enemigo que para atacarle. Entiendo que los *Escoceses* tratarán de ocupar mañana el Arapil Grande.

La brigada Pack, á la cual desde hace un momento pertenezco, amanecerá mañana con la ayuda de Dios en la ermita de Santa María de la Peña, y después...

«Adiós, mi querido Araceli; pórtate bien.

— Adiós, mi querido General. Saludo á mis compañeros desde la cumbre del Arapil Grande.»

III

¡El Arapil Grande! Era la mayor de aquellas dos esfinges de tierra, levantadas la una frente á la otra, mirándose y mirándonos. Entre las dos debía desarrollarse al día siguiente uno de los más sangrientos dramas del siglo, el verdadero prefacio de Waterlóo, donde sonaron por última vez las trompas épicas del Imperio. Á un lado y otro del lugar llamado de Arapiles se elevaban los dos célebres cerros, pequeño el uno, grande el otro. El primero ~~nos pertenecía~~ era nuestro; el segundo á nadie

22	96
16	16
102	126
22	21
952	306
	12
	72

pertenecía en la noche del 21. Á nadie pertenecía, por lo mismo que era la presa más codiciada.

Á la derecha del Arapil Grande, y más cerca de nuestra línea, estaba Huerta, y á la izquierda, en punto avanzado, formando el vértice de la cuña, Cavarrasa de Arriba. El de Abajo, mucho más distante, y á espaldas del Gran Arapil, estaba en poder de los franceses.

La noche era como de julio, serena y clara. Acampó la brigada Pack en un llano, para aguardar el día. Como no se permitía encender lumbre, los pobrecitos ingleses tuvieron que comer carne fría; pero las mujeres, que en esto eran auxiliares poderosos de la milicia británica, traían de Aldea-Tejada y aun de Salamanca fiambres muy bien adobados, que con el ron abundante devolvieron el alma á los desmadejados cuerpos. Gran martirio era para los *highlanders* que no se les consintiera en aquel sitio tocar la gaita entonando las melancólicas canciones de su país; y formaban animados corrillos, en los cuales me metí bonitamente, para tener el extraño placer de oirles sin entenderles. Érame en extremo agradable ver la conformidad y alegría de aquella gente, transportada tan lejos de su patria, sostenida en su deber y conducida al sacrificio por la fe de la patria misma. Un escocés fornido, alto, hermoso, de cabellos rubios como el oro y de mejillas sonrosadas como una doncella, levantóse al ver que me acercaba al corrillo, y en chapurrado lenguaje mitad español, mitad portugués, me dijo:

«Señor oficial español, dignaos honrarnos aceptando este pedazo de carne y este vaso de ron, y brindemos á la salud de España y de la vieja Escocia.

—¡Á la salud del Rey Jorge III! — exclamé yo.

Sonoros *hurras* me contestaron.

«El hombre muere y las naciones viven — dijo dirigiéndose á mí otro escocés que llevaba bajo el brazo

M.C.D.2020

el enorme pellejo henchido de una zampoña.—¡*Hurra* por Inglaterra! ¡Qué importa morir! Un grano de arena que el viento lleva de aquí para allá, no significa nada en la superficie del mundo.

—¡Viva España!

—¡Viva lord Wellington! —gritó yo.

Las mujeres lloraban, charlando por lo bajo. Su lenguaje, incomprensible para mí, me pareció un coro de pájaros picoteando alrededor del nido.

Los escoceses se distinguían por el pintoresco traje de cuadros rojos y negros, la pierna desnuda, las hermosas cabezas ossiánicas cubiertas con el sombrero de piel, y el cinto adornado con la guedeja que parecía cabellera, arrancada del cráneo del vencedor en las salvajes guerras septentrionales. Mezclábanse con ellos los ingleses, cuyas casacas rojas les hacían muy visibles á pesar de la obscuridad. Los oficiales, envueltos en capas blancas y cubiertos con los sombreritos picudos y emplumados, nada airosos por cierto, semejaban pájaros zancudos de anchas alas y movible cresta.

Con las primeras luces del día, la brigada se puso en marcha hacia el Arapil Grande. Pack distribuyó sus fuerzas y las guerrillas se desplegaron. Los ojos de todos fijábanse en la ermita situada como á la mitad del cerro.

Subieron algunas columnas sin tropiezo alguno, y llegábamos como á cien varas de Santa María de la Peña, cuando la ondulación del terreno, descendiendo á nuestros ojos á medida que adelantábamos, nos dejó ver, primero una línea de cabezas, luego una línea de bustos, después los cuerpos enteros. Eran los franceses. El sol naciente, que á espaldas de nuestros enemigos aparecía, nos deslumbraba, siendo causa de que los viésemos imperfectamente. Un murmullo lejano llegó á nuestros oídos... Rompióse el fuego. Las gue-

rrillas lo sostenían, mientras algunos corrieron á ocupar la ermita.

Á ésta precedía un patio, semejante á un cementerio. Entraron en él los ingleses, pero los imperiales, que se habían colado por el ábside, dominaron pronto lo principal del edificio con los anexos posteriores, así que aun no habían forzado la puerta los nuestros cuando ya les hacían fuego desde la espadaña de las campanas y desde la claraboya abierta sobre el pórtico.

El Brigadier Pack, uno de los hombres más valientes, más serenos y más caballerosos que he conocido, arengó á los *highlanders*. Á los míos hablé yo en español el lenguaje más apropiado á las circunstancias. Tengo la seguridad de que me entendieron.

El 23 de línea no había entrado en el patio, sino que flanqueaba la ermita por su izquierda, observando si venían más fuerzas francesas. En efecto, no tardó en aparecer otra columna enemiga. Esperarla, darle respiro, aparentar, siquiera fuese por un momento, que se la temía, habría sido renunciar de antemano á toda ventaja.

«Á ellos — grité á mi coronel.

— *¡All right!* — exclamó éste.»

Y el 23 de línea cayó como avalancha sobre la columna francesa. Trabóse un vivo combate cuerpo á cuerpo; vacilaron un poco nuestros ingleses, porque el empuje de los enemigos era terrible en el primer momento; pero tornando á cargar con aquella constancia imperturbable que, si no es el heroísmo mismo, es lo que más se le parece, toda la ventaja estuvo pronto de nuestra parte. Retiráronse en desorden los imperiales, ó mejor dicho, variaron de táctica, dispersándose en pequeños grupos, mientras les venían refuerzos. Realmente no debíamos envanecernos, pues igno-

rábamos la fuerza que podían enviar los franceses detrás de las anteriores. Veíamos enfrente el espeso bosque de Cavarrasa, y nadie sabía lo que se ocultaba bajo aquel manto de verdura. ¿Serán muchos, serán pocos? Mirábamos al bosque, y el obscuro ramaje de las encinas no nos decía nada. Era una masa enorme de verdura, un monstruo chato y horrible que se aplanaba en la tierra con la cabeza gacha y las alas extendidas, empollando quizás bajo ellas innumerables guerreros.

De pronto vimos que el monstruo se movía; que alzaba una de sus alas; que echaba de sí un enjambre de homúnculos, los cuales distinguíanse allá lejos, al costado de la madre, pequeños como hormigas. Luego iban creciendo, íbanse acercando... de pigmeos tornábanse en gigantes; lucían sus cascos; sus espadas semejaban rayos flamígeros; subían en ademán amenazador columna tras columna, hombre tras hombre.

Con la presteza del buen táctico, Pack, sin abandonar el asedio de la ermita, nos mandó más gente y esperamos tranquilos. El bosque seguía vomitando gente.

«Es preciso combatir á la defensiva — dijo el coronel.

— Á la defensiva, sí. ¡Viva Inglaterra!

— ¡Viva el Emperador!—repitieron los ecos lejanos.

— ¡Ingleses, la Inglaterra os mira!»

El clamor que antes nos contestara de lejos diciendo ¡viva el Emperador! resonó con más fuerza. El animal se acercaba y su feroz bramido infundía zozobra.

Ocupáronse al instante unas casas viejas y unos tejares que había como á sesenta varas á un lado y otro de la ermita, estableciéndose imaginaria línea defensiva, cuyo único apoyo material era una depresión del terreno, una especie de zanja sin profundidad que pare-

cía marcar el linde entre dos heredades. Pack dispuso sus fuerzas á la defensiva; con ojo admirable y rápido se hizo cargo de todos los accidentes del terreno, de las suaves ondulaciones del cerro por aquella parte, del peñón aislado, del árbol solitario, de la tapia ruinosa, y todo lo aprovechó.

Llegaron los franceses. Nos miraban desde lejos con recelo, nos olían, nos escuchaban.

¿Habéis visto á la cigüeña alargar el cuello á un lado y otro, de tal modo que no se sabe si mira ó si oye, sostenerse en un pie, alzando el otro con intento de no fijarlo en tierra hasta no hallar suelo seguro? Pues así se acercaban los franceses... Instantáneamente la cigüeña puso los dos pies en tierra. Estaba en terreno firme. Sonaron mil tiros á la vez, y se nos vino encima una oleada humana compuesta de bayonetas, de gritos, de patadas, de ferocidades sin nombre.

Yo había visto hasta admirables en soldados españoles y franceses, tratándose de atacar; pero no había visto nada comparable á los ingleses tratando de resistir. Yo no había visto que las columnas se dejaran acuchillar. El viejo tronco inerte no recibe con tanta paciencia el golpe de la segur que lo corta como aquellos hombres la bayoneta que los destrozaba. Había gente para todo: para morir resistiendo, y para matar empujando. Por momentos parecía que les rechazábamos definitivamente; pero el bosque, sacando de debajo de su plumaje nuevas empolladuras de gente, nos ponía en desventaja numérica.

La mortandad era grande por un lado y por otro, más por el nuestro, y á tanto llegó, que nos vimos en gran apuro para retirar los muchos muertos y heridos que imposibilitaban los movimientos. El contrapeso sostenido á fuerza de arrojo no podía durar mucho. Que los franceses enviasen gente; que, por el contra-

rio la enviase Wellington, y la cuestión había de decidirse pronto; que la enviasen los dos al mismo tiempo, y entonces... sólo Dios sabía el resultado.

El Brigadier Pack me llamó, diciéndome:

«Corred al Cuartel General y decid al Lord lo que pasa.»

Monté á caballo, y á todo escape me dirigí al Cuartel General. Cuando bajaba la pendiente en dirección á las líneas del ejército aliado, distinguí las masas del ejército francés moviéndose sin cesar; pero entre el centro de uno y otro ejército no se disparaba aún ni un solo tiro. Todo el interés estaba todavía en aquella apartada escena del Arapil Grande; en aquello que parecía un detalle insignificante, un capricho del genio militar que á la sazón meditaba la batalla decisiva. Los jefes, todos en pie sobre las elevaciones del terreno, sobre los carros de municiones y aun sobre las cureñas, observaban, ayudados de sus anteojos, la peripecia del Arapil Grande, junto á la ermita.

«¿Por qué toda esa gente no corre á ayudar al Brigadier Pack?» —me preguntaba yo lleno de confusiones.

Era que ni Wellington ni Marmont querían aparentar gran deseo de ocupar el Arapil Grande, por lo mismo que uno y otro consideraban aquella posición como la clave de la batalla. Marmont fingía movimientos diversos para desconcertar á su enemigo; luego afectaba retirarse como si no quisiera librar batalla, y en tanto Wellington, quieto, inmutable, sereno, atento, vigilante, permanecía en su puesto observando al francés, y sostenía con poderosa mano las mil riendas de aquel ejército que quería lanzarse antes de tiempo.

Marmont quería engañar á Wellington; pero Wellington no sólo quería engañar, sino que estaba engañando á Marmont. Fingiendo no hacer caso del Arapil

Grande, colocaba bastantes tropas en la derecha del Tormes para hacer creer que allí quería poner todo el interés de la batalla. En tanto, tenía dispuestas fuerzas enormes para un caso de apuro en el gran cerro. Pero ese caso de apuro, según él, no había llegado todavía, ni llegaría mientras hubiera carne viva en Santa María de la Peña. Eran las diez de la mañana. Cuando llegué al Cuartel General, vi á Wellington á caballo, rodeado de multitud de generales. Antes de acercarme á él, ya había dicho yo expresivamente con el gesto, con la mirada:

«No se puede.

—¿Qué no se puede?—preguntó con calma imperturbable, después que verbalmente le manifesté lo que allá pasaba.

—Dominar el Arapil Grande.

—Yo no he mandado á Pack que dominara el Arapil Grande, porque es imposible—replicó.—Los franceses están muy cerca, y desde ayer tienen hechos mil preparativos para disputarnos esa posición, aunque lo disimulan.

—Entonces...

—Yo he mandado á Pack que impidiese al enemigo establecerse allí definitivamente. ¿Se establecerán? ¿No existen ya el 23 de línea, ni el 3.º de cazadores, ni el 7.º de *highlanders*?

—Existen... un poco todavía, mi General.

—Con las fuerzas que han ido después basta para el objeto, que es resistir, nada más que resistir... No creo que falte gente para entretener al enemigo unas cuantas horas.

—En efecto, mi General—dije.—Por muy aprisa que se muera, ochocientos cuerpos dan mucho de sí.»

Cuando esto decía, atendiendo más á las lejanas líneas enemigas que á mí, observé en él un movimien-

to súbito; volvióse al General Álava, que estaba á su lado, y dijo:

«Esto cambia de repente. Los franceses extienden demasiado su línea. Su derecha quiere envolvernos...»

Hacia el Tormes se extendía formidable masa de franceses, dejando un claro bastante notable entre ella y Cavarrasa. Era necesario ser ciego para no comprender que por aquel claro, por aquella juntura, iba á introducir hasta la empuñadura su terrible espada el genio del ejército aliado.

IV

El Cuartel General retrocedió; diéronse órdenes, corrieron los oficiales de un lado para otro, resonó un murmullo elocuente en todo el ejército. Sin esperar más, corrí al Arapil para anunciar que todo cambiaba.

Las órdenes transmitidas con rapidez increíble llevaban en sí el pensamiento del General en jefe. Todos lo adivinamos con la penetración de las multitudes guerreras. El plan era precipitar el centro contra el claro de la línea enemiga, y al mismo tiempo arrojar sobre el Arapil Grande toda la fuerza de la derecha, que hasta entonces había permanecido en el llano en actitud expectante.

Hallábame cerca del lugar de partida cuando un estrépito horrible hirió mis oídos. Era la Artillería de la izquierda enemiga que tronaba contra el gran cerro. Nuestra derecha, compuesta de valientes batallones, subía en el mismo instante á sacar de su aprieto á los incomparables *highlanders*, 23 de línea y 3.º de ligeros, cuyas proezas he descrito.

Pasé por entre la quinta división, al mando del General Leith, que desde el pueblo de Arapiles marchaba al cerro; pasé por entre la tercera división, donde esta-

ban la Caballería del General Urban y los dragones del décimocuarto regimiento, que iban en cuatro columnas á envolver la izquierda del enemigo en la famosa altura; y vi desde lejos la brigada del General Bradford, la de Cole y la Caballería de Stapleton Cotton, que marchaban en otra dirección contra el centro enemigo. Distinguí asimismo á lo lejos á mis compañeros de la división española formando parte de la reserva mandada por Hope.

Los franceses, desde el momento en que [illegible] oportuno no disimular su pensamiento, aparecieron por distintos puntos y ocuparon la parte más alta y sitios eminentes, amenazando en todos ellos las escasas fuerzas que operaban allí desde por la mañana. La primera división que rompió el fuego contra el enemigo fué la de Packenham, que intentó subir y subió por la vertiente que cae al pueblo. Sostúvole la Caballería portuguesa de Urban.

Cuando llegué á las inmediaciones de la ermita, el brigadier Pack no había perdido una línea de sus anteriores posiciones; pero sus bravos regimientos estaban reducidos á menos de la mitad. El General Leith acababa de llegar con la quinta división, y el aspecto de las cosas cambió completamente.

Pero no había tiempo que perder. Era preciso arrojar hombres y más hombres sobre aquel montón de tierra, era preciso echar á los franceses de Santa María de la Peña, y después seguir subiendo, subiendo, hasta plantar los pabellones ingleses en lo más alto del Arapil [illegible].

«El refuerzo ha venido casi antes que la contestación — dije al brigadier Pack. — ¿Qué debo hacer?

— Tomar el mando del 23 de línea, que ha quedado sin jefes. ¡Y arriba, siempre arriba!»

Los franceses parecían no dar ya gran importancia

á Santa María de la Peña, y coronaron la altura. Las columnas, escalonadas con gran arte, nos esperaban á pie firme. Allí no habia posibilidad de destrozarlas con la Caballería, ni de hacerles gran daño con los cañones, situados á mucha distancia. Era forzoso subir á pecho descubierto y echarles de allí, como Dios nos diera á entender.

Tocó al 23 de línea la gloria de avanzar el primero contra las inmóviles columnas francesas que ocupaban la altura. ¡Espantoso momento! La escalera, señores, era terrible, y en cada uno de sus fúnebres peldaños el soldado se admiraba de encontrarse con vida. Si en vez de subir, bajase, aquélla sería la escalera del Infierno. Y sin embargo, las tropas de Pack y de Leith subían. ¿Cómo? No lo sé.

Al referir lo que allí pasó, no me es posible precisar los movimientos de cada batallón, ni las órdenes de cada jefe, ni lo que cada cual hacía dentro de su esfera. La imaginación conserva con caracteres indelebles y pavorosos lo principal, lo accesorio no; y lo principal era entonces que subíamos empujados por una fuerza irresistible, por no sé qué manos poderosas que se adherían á nuestra espalda.

Los primeros escalones no ofrecieron gran dificultad. Moría mucha gente, pero se subía. Inútil es decir que todos los jefes habían dejado sus caballos y unos detrás, otros á la cabeza de las líneas, llevaban, por decirlo así, de la mano á los obedientes soldados. Un orden preciso en medio de las muertes, un paso seguro, un aplomo sin igual regimentando la cruenta lucha, impedían que los estragos fuesen excesivos.

Era indispensable aprovechar los intervalos en que el enemigo cargaba los fusiles, para ~~correr~~ cargar nosotros á la bayoneta. Teníamos en contra nuestra el cansancio, pues si en algunos sitios la inclinación del terreno era

M.C.D.2020

poco más que rampa, en otros era regular cuesta. Los franceses, reposados, satisfechos y seguros de su posición, nos abrasaban á fuego certero y nos recibían á bayoneta limpia. Á veces, una columna nuestra lograba, con su constancia abrumadora, abrirse paso por encima de los cadáveres de los enemigos; mas para esto se necesitaba duplicar y triplicar los empujes, duplicar y triplicar los muertos, y el resultado no correspondía á la inmensidad del esfuerzo.

Mas al fin llegó un momento terrible; el momento en que las columnas subían y morían; en que la mucha gente que se lanzaba por aquel talud, destrozada, diezmada, sintiéndose mermar á cada paso, entendió que su descomunal esfuerzo no traía gran ventaja. Tras las columnas francesas arrolladas, aparecían otras. Nos acercábamos á la cumbre, y aquel cráter superior vomitaba soldados. Se ignoraba de dónde podía salir tanta tropa, y era que la meseta del cerro tenía cabida para un ejército. Llegó, pues, un instante en que vimos venir sobre nosotros la cima del cerro mismo, una monstruosidad horrenda que esgrimía mil bayonetas y apuntaba con miles de cañones de fusil. El pánico se apoderó de todos, no aquel pánico nervioso que obliga á correr, sino una angustia soberana y grave que quita toda esperanza dando resignación. Era imposible, de todo punto imposible seguir subiendo.

Pero bajar era el punto difícil. Nada más fácil si se dejaban acuchillar por los franceses, resignándose á rodar sobre la tierra vivos ó moribundos. Una retirada en declive paso á paso y dando al enemigo cada palmo de terreno con tanta parsimonia como se le quitó, es el colmo de la dificultad. Pack bramaba de ira, y la sangre agolpada en la carnaza encendida de su rostro parecía querer brotar por cada poro. Daba órdenes con ronca voz, pero sus órdenes no se oían. Esgrimía la espada acuchillando al cielo.

Había llegado la ocasión de que muriese estoicamente uno para resguardar con su cuerpo al que daba un paso atrás. De este modo se salvaba la mitad de la carne. Las columnas se escalonaban con arte admirable; el fuego era más vivo, y cada vez que descendía de lo alto desgajándose uno de aquellos pesados aludes, creeríase que todo había concluído. Así fuimos cediendo lentamente parte del terreno, hasta que los imperiales dejaron de atacarnos. Habían llegado á un punto en que el cañón inglés les molestaba enormemente, y además los progresos de Packenham por el flanco del Grande Arapil les desconcertó. Reconcentráronse y aguardaron.

En tanto, por otro lado ocurrían sucesos admirables y gloriosos. El General Cole destrozaba el centro francés. La Caballería de Stapleton Cotton, penetrando por entre las descompuestas filas, daba una de las cargas más brillantes, más sublimes y al mismo tiempo más horrorosas que pueden verse. Desde la posición á que nos retiramos, no avergonzados, pero sí humillados, distinguíamos á lo lejos aquella admirable función.

Las falanges de caballos, los más ligeros, los más vivos, los más guerreros que pueden verse, penetraban como inmensas culebras por entre la infantería francesa. Los golpes de los sables ofrecían á la vista un salpicar continuo de pequeños rayos, menuda lluvia de acero que destrozaba pechos; aniquilaba gente, atropellaba y deshacía como el huracán. Los gritos de los jinetes, el brillo de sus cascos, el relinchar de los corceles que regocijaban en aquella fiesta sangrienta sus brutales imperfectas almas, ofrecían espectáculo aterrador.

Los escuadrones de Stapleton Cotton, como he dicho, realizaban el gran prodigio de aquella batalla. En vano los franceses alcanzaban algunas ventajas por

M.C.D.2020

otro lado; en vano habían logrado apoderarse de algunas casas del pueblo de Arapiles. Precisamente, cuando el enemigo creía ganar terreno poseyendo parte del pueblo, la Caballería de Cotton penetraba como gran puñal en el corazón del ejército imperial. Vióse el gran cuerpo partido en dos, crujiendo y estallando al violento roce de la poderosa cuña. Todo cedía ante ella: fuerza, previsión, pericia, valor, arrojo. Las miles de corazas daban idea del *testudo* romano, pero aquella inmensa tortuga con conchas de acero tenía la ligereza del reptil, millares de patas y millares de bocas para gritar y morder. Sus dentelladas ensanchaban el agujero en que se había metido; todo caía ante ella. Gimieron con espanto los batallones enemigos. Corrió Marmont á poner orden, y una bala de cañón le quitó el brazo derecho. Corrió luego Bonnet á substituirle, y cayó también; Ferry, Thomieres y Desgraviers, generales ilustres, perecieron con millares de soldados.

V

La tremenda carga de la Caballería había variado la situación de las cosas. Leith se apareció de nuevo entre nosotros acompañado del Brigadier Spry. En sus semblantes, en sus gestos, lo mismo que en las vociferaciones de Pack, comprendí que se preparaba un nuevo ataque al cerro. La situación del enemigo era ya mucho menos favorable que anteriormente, porque las ventajas obtenidas en nuestro centro con el avance de la Caballería y los progresos del General Cole modificaban completamente el aspecto de la batalla. Packenham, después de rechazarles del pueblo, les apretaba bastante por la falda oriental del cerro, de modo que estaban expuestos á sufrir las consecuencias de un movimiento envolvente.

M.C.D.2020

M.C.D.2020

Los franceses reconcentrándose en sus posiciones de la ermita para arriba, esperaban con imponente actitud. Sonó el tiroteo por diversos puntos; las columnas marcharon en silencio. Ya conocíamos el terreno, el enemigo y los tropiezos de aquella ascensión. Como antes, los franceses desgajáronse con ímpetu amenazador sobre Packenham y sobre Leith, atacando con tanto coraje, que era preciso ser inglés para resistirlo. Los dos ejércitos se clavaban mutuamente las uñas, desgarrándose. Arroyos de sangre surcaban el suelo.

Observábamos los claros del suelo ensangrentado, cubierto de cadáveres, y lejos de desmayar ante aquel espectáculo terrible, reproducíamos con doble furia los mismos choques. Lanzábame yo á los mismos delirios que veía en los demás, olvidado de todo, sintiendo (y esto es evidente) como una segunda, ó mejor dicho, una nueva alma que no existía más que para regocijarse en aquellas ferocidades sin nombre; una nueva alma, sí, en cuyas potencias irritadas se borraba toda memoria de lo pasado, toda idea extraña al frenesí en que estaba metida. Bramaba como los *highlanders*, y, ¡cosa extraordinaria! en aquella ocasión yo hablaba inglés. Ni antes ni después supe una palabra de ese lenguaje; pero es lo cierto que cuanto aullé en la batalla me lo entendían los ingleses, y á mi vez les entendía yo.

El poderoso esfuerzo de los escoceses desconcertó las líneas imperiales, precisamente en el instante en que llegó á nuestro campo la división Clinton, que hasta entonces había estado en la reserva. Desde aquel momento vimos que las horribles filas de franceses se mantuvieron inactivas, aunque firmes. Poco después las vimos replegarse, sin dejar de hacer un fuego muy vivo. Á pesar de esto, los ingleses no se lanzaban sobre ellos. Corrió algún tiempo más, y observamos que las

tropas que ocupaban lo alto del cerro lo abandonaban despacio, resguardados por el frente, que seguía haciendo fuego.

No sé si dieron órdenes para ello : lo que sé es que súbitamente los regimientos británicos, que en distintos puntos ocupaban la pendiente, avanzaron hacia arriba con calma, sin precipitación. Caía la tarde, el centro del ejército enemigo estaba derrotado, su izquierda hacia el Tormes también de modo que les era imposible defender la disputada altura. Francia empezaba á retirarse.

El espectáculo de las considerables fuerzas que se retiraban casi ilesas y tranquilamente nos impulsó á cargar con más brío sobre ellas, y al cabo, tanto se golpeó y machacó en la infortunada línea francesa, que la vimos agrietarse, romperse, desmenuzarse, y en sus innúmeros claros penetraron el puño y la garra del vencedor para no dejar nada con vida.

Venía la noche; iba obscureciéndose lentamente el paisaje. Los desparramados grupos del ejército napoleónico, rayas fugaces que serpenteaban en el suelo á lo lejos, se desvanecían absorbidos por la tierra y los bosques, entre la triste música de los roncos tambores. Éstos y la algazara cercana y el ruido del cañón, que aun cantaba las últimas lúgubres estrofas del poema, producían un estrépito loco que desvanecía el cerebro. El soldado veía llegada la ocasión de las proezas individuales, para lo cual no se necesita de los jefes. Todo estaba ya reducido á ver quién mataba más enemigos en fuga, quién cogía más prisioneros, quién podía echar la zarpa á un general, quién lograba poner la mano en una de aquellas veneradas águilas que se habían pavoneado orgullosas por toda Europa, desde Berlín hasta Lisboa.

El rugido que atronó los espacios cuando el vence-

dor, lleno de ira y sediento de venganza, se precipitó sobre el vencido para ahogarle, no es susceptible de descripción. Ciegos y locos, nos arrojábamos dentro de aquel volcán de rabia. Nos confundíamos con ellos: unos eran desarmados, otros tendían á sus pies al atrevido que intentaba cogerles prisionero, cuál moría matando, cuál se dejaba atrapar estoicamente.

Para coger prisioneros se destrozaba todo lo que se podía en la vida del enemigo. Con unos cuantos portugueses é ingleses me interné, más de lo conveniente tal vez, en el seno de la desconcertada y fugitiva infantería enemiga. Por todos lados presenciaba luchas insanas, y oía los vocablos más insultantes de aquellas dos lenguas que peleaban con sus injurias como los hombres con las armas. El torbellino, la espiral me llevaba consigo, ignorante yo de lo que hacía. El alma no conservaba más conocimiento de sí misma que un anhelo vivísimo de matar algo. En aquella confusión de gritos, de brazos alzados, de semblantes infernales, de ojos desfigurados por la pasión, vi un águila dorada puesta en la punta de un palo, donde se enrollaba inmundo trapo, una arpillera sin color, cual si con ella se hubieran fregado todos los platos de la mesa de todos los reyes europeos. Devoré con los ojos aquel harapo que en una de las oscilaciones de la turba fué desplegado por el viento y mostró una N que había sido de oro y se dibujaba sobre tres fajas cuyo matiz era un pastel de tierra, de sangre, de lodo y de polvo. Todo el ejército de Bonaparte se había limpiado el sudor de mil combates con aquel pañuelo agujereado que ya no tenía forma ni color.

Yo vi aquel glorioso signo de guerra á una distancia como de cinco varas. Yo no sé lo que pasó; yo no sé si la bandera vino hasta mí, ó si yo corrí hacia ella. Si creyese en milagros, creería que mi brazo derecho se

alargó cinco varas, porque, sin saber cómo, yo agarré el palo de la bandera y lo así tan fuertemente, que mi mano se pegó á él y lo sacudió y quiso arrancarlo de donde estaba. Tales momentos no caben dentro de la apreciación de los sentidos... Me vi rodeado de gente: caían, rodaban, unos muriendo, otros defendiéndose. Hice esfuerzos para arrancar el asta, y una voz gritó en francés: «Tómala.»

En el mismo segundo una pistola se disparó sobre mí. Una bayoneta penetró en mi carne. Ante mí apa-

reció una figura lívida, un rostro cubierto de sangre, unos ojos que despedían fuego, unas garras que hacían presa en el asta de la bandera, y una contraída boca que quería comerse águila, trapo y asta, comerme también á mí. Decir cuánto odio me inspiró aquel monstruo, es imposible. Nos miramos un rato y luego forcejeamos. Él cayó de rodillas: una de sus piernas

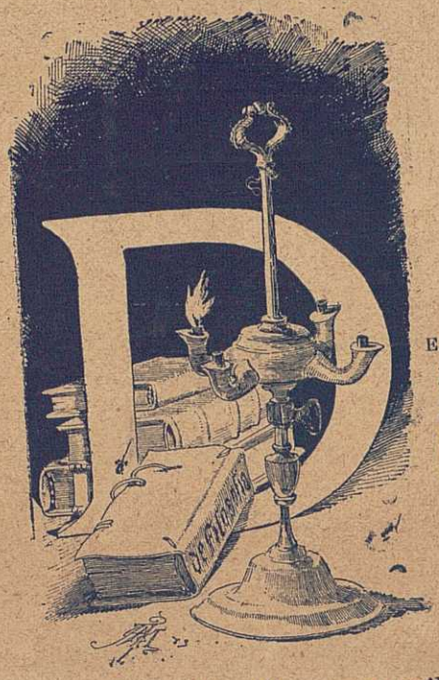
no era pierna, sino un pedazo de carne. Pugné por arrancar de sus manos la insignia. Alguien vino en auxilio mío, y alguien le ayudó á él. Me hirieron de nuevo, me encendí en ira más salvaje aún, y estreché á la bestia apretándola contra el suelo con mis rodillas. Con ambas manos agarraba ambas cosas, el palo de la bandera y la espada. Pero esto no podía durar, y mi mano derecha se quedó sólo con la espada. Creí perder la bandera; pero el acero, empujado por mí, se hundía más cada vez en una blandura inexplicable, y un hilo de sangre vino derecho á mi rostro como una aguja. La bandera quedó en mi poder; pero de aquel cuerpo que se revolvía bajo el mío surgieron al modo de antenas, garras, ó no sé qué tentáculo rabioso y pegajoso, y una boca se precipitó sobre mí clavando sus agudos dientes en mi brazo con tanta fuerza, que lancé un grito de dolor.

Caí abrazado y constreñido por aquel dragón, pues dragón me parecía. Me sentí apretado por él, y rodamos por no sé qué declives de tierra, entre mil cuerpos, los unos muertos é inertes, los otros vivos y que corrían. Yo no vi más: sólo sentí que en aquel rodar veloz llevaba el águila fuertemente cogida en mis brazos. La boca terrible del monstruo apretaba cada vez más mi brazo, y me llevaba consigo, los dos envueltos, confundidos, el uno sobre el otro y contra el otro, bajo mil patas que nos pisaban, entre la tierra que nos cegaba los ojos, entre una obscuridad tenebrosa, entre un zumbido tan grande, como si todo el mundo fuese un solo abejón; con todos los síntomas confusos de haberme convertido en constelación, en una como criatura circunvoladora, en la cual todos los miembros, todas las entrañas, toda la carne y sangre y nervios daban vueltas infinitas y vertiginosas alrededor del ardiente cerebro.

M.C.D.2020

Yo no sé cuánto tiempo estuve rodando... Yo no sé cuándo paré; lo que sé es que el monstruo no dejaba de formar conmigo una sola persona, ni su feroz boca de morderme... Lo que también sé es que el águila seguía sobre mi pecho: yo la sentía. Sentía el asta cual si la tuviera clavada en mis entrañas. Mi pensamiento se hacía cargo de todo con extravío y delirio, porque él mismo era una luz ardiente que caía no sé de dónde, y en la inapreciable velocidad de su carrera describía una raya de fuego, una línea sin fin, que... tampoco sé adónde iba. ¡Tormento mayor no lo experimenté jamás!... Mi tormento tuvo fin cuando perdí toda noción de existencia. La batalla de los Arapiles concluyó, al menos para mí.

M.C.D.2020



VI

DEJADME morir, dejadme dormir, dejadme soñar...» Esto decía yo á las buenas almas que tomaron á su cargo la magna función caritativa de arrancarme de las negras manos de la muerte para tornarme á la vida. Mi cuerpo acribillado y mi cráneo lleno de fieros golpes se oponían enérgicamente á mi resurrección. Por ésta luchaban heroicas mujeres, empleando los recursos físicos y espirituales más poderosos. Mi delirio febril primero, mis despejados sentidos después, me permitieron apreciar la presencia junto á mi lecho de seres para mí muy queridos, alguno de ellos dotado de las dos naturalezas, humana y angélica... Al deciros esto, traigo nuevamente á mi particular historia el *Cuento de Hadas* que os entretuvo brevemente al oir mis relatos del *2 de mayo* y de *Bailén*. El Cuento no resultó al fin tan fantástico como pudisteis creer. Sus vagas tintas azuladas y opalinas hubieron de trocarse en reales colores de cosa viviente.

M.C.D.2020

Pero como ello no es Historia pública, os permito que me tengáis por soñador y que apreciéis la reaparición de la *Princesita* como fábula más ingeniosa que verdadera. Y si corriendo y volando en el imaginar llegáis á sostener que la tal Princesita, después de resucitarme, tuvo la dignación de consentir en ser mi esposa, no diré una sola palabra para desmentiros.

Resucité, pues, en Salamanca; fuí ascendido á Teniente Coronel; continué mi carrera, peleando contra el Imperio, hasta que definitivamente le arrojamos de España con la acción de Vitoria (1813), que no puedo referiros por falta de espacio. Nuevos adelantos obtuve en mi carrera, debidos entonces á mis leales servicios y el apoyo de la familia ilustre á la cual me unieron mis sagrados vínculos con la Princesita. Las hadas seguían favoreciéndome; mas al llegar á la felicidad, abandoné los ásperos trajines de la guerra. El amigo Marte y yo no hacíamos ya buenas migas. Me retiré cuando me hallaba á las puertas del Generalato. Registré mi alma buscando la ambición, y vi que se había transformado, y que, arrojadas la máscara y vestidura heroicas, convertíase en vulgar anhelo de la paz obscura. Amorosa y risueña me incitaba á ser lo que soy, el perfecto ciudadano español.

pag. 350 en blanco
" 351 — anuncio de mis obras
352 — en blanco, ó con lo que quieran añadir